

Primera edición, 2019

© Isaura Leonardo

Diseño y coordinación editorial:
El latido de la máquina, comunidad imaginaria

Reconocimiento – NoComercial – Compartir Igual (by-nc-sa):
No se permite un uso comercial de la obra original ni de las posibles
obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una
licencia igual a la que regula la obra original.

Impreso en México / *Printed in Mexico*



Isaura Leonardo

Santa Rabia

Santa Rabia

*Me gustan los árboles que levantan el asfalto,
ésos que crecieron contra todo pronóstico.*

Encontraré un camino o me lo abriré.

Aníbal

Surus

Surus debió de nacer con Luna en Marte,
consagrado para la guerra.

Ignoro cómo se conocieron el general y él,
quiero pensar que Aníbal lo soñó
cuando de cachorro se bañaba
en el agua de los ríos.

Algo en el paisaje, seguramente,
decía que Surus no era como los demás.

Investido de batalla, el elefante sirio
cruzó los Alpes con su amo al lomo
y sobrevivió la caminata
mientras las otras bestias se volvían locas,
y las veía caer.

Surus enterró a una legión
de paquidermos y lloró por ellos,

como todos los elefantes
cuando lloran a sus muertos.

Necesito que Surus me jure lealtad,
decirle que lo conduciré con miedo y todo,
que encontraremos un camino
o nos lo abriremos.

Consagrados para la guerra.

He querido soñar a Surus,
sin éxito.

Que cruce con sus tres metros,
máquina bélica,
mi corteza cerebral.

Verlo rascarse contra un árbol,
acariciarle las orejas,
ofrecerle ramas para comer.

Treparme sobre su cuerpo
y caminar cantando,
contarle mis penas de amor,
decirle que me duele el corazón.

Relatarle las historias de mis amantes,
confesarle que me desgarran la pérdida:
llorar con él.

Me dirá que recuerda los Alpes,
y los rostros de sus compañeros,
aterrorizados.

El caos;
se le quebrará la voz.

Sacudirá su masa monumental
y me llevará al campo de batalla:
me llevará al amor.

Vengo con estos animales
que me respiran entre las costillas,
asomándose.

Setenta y dos formas de nombrar
este silencio.

Las pronuncio una a una.

El mundo realizó su daño en mí
y quise lastimarlo de regreso.
Con vocación.

Clavar palabras como alfileres
en su cuerpo vudú.

Estoy tocando mi corazón,
y el animal gime.
*Lo verdaderamente animal que me sostiene
está dolido*
también en mí, Max.
También.

Me confundo, no eres, mundo,
solamente el enemigo,
caí en la trampa:
encarnaciones, son tus avatares.

Pero yo cerré la puerta,
con el músculo más fuerte.

Me cargaron los dados
y yo cuerpo sin órganos,
gallina ciega
llorando por los rincones
como la Muñeca Fea,
mendigando, sí,
mendigando amor como
los huérfanos y las viudas.
Como Las Lastimadas.

Ya no pido amor
sino espacio para arder.
De fuego purificador,
me enciendo toda.

Como una de esas espadas que tienen doble filo.
Un cuchillo en el cuerpo;
en la cabeza, una daga.
Tarde o temprano, corto.

Lo débil vence a lo fuerte, dice el Tao.
O la cuerda revienta por lo más delgado.
Extraña desmesura sostenida por alfileres,
como los cadáveres de las mariposas
en esas vitrinas sospechosamente bellas.
Alguien inventó un término para eso:
«Explosiva-fija».
Duele y entonces se ruge.
Ahí nace el canto: es rasgadura, lo sabemos
todos.
Aire desde la garganta
para hacer un hoyo en el mundo
y que *el otro aire* entre.
Se golpea para abrir.

Eso lo saben los tiemperos del cuerpo.

Este silencio es diosas.

Coyota
traza una línea sobre la tierra
con su pata omnívora.
Aquí comienza el mundo, dice.
Cruza, dice,
si te atreves, dice.
De este lado es azul el fuego,
llama fría,
quema queda
y luego nada...
arrebata lento.

Horada
con su diente macizo
los músculos,
y en espíritu humo
penetra
con su canto tu palabra.

Aúlla
y por la fibra óptica
vierte su leche
de hembra cánida,
cándida & feroz.

Gruñe suavemente
en tu oído,
aquí termina el mundo, dice.

Conversaciones con Leónidas de Esparta

1.

¿No temes, Leónidas, cuando el peso,
hoplita, del escudo caiga?

¿No temes al momento descuerado ése
tú, solo, desnudo,
con el Ángel de la Historia distraído de ti?

Dime, ¿qué se siente?
¿Como Jerjes cruzando el Paso de las Cabras?

Nadie quiere la guerra, lo sé.
Sabes a qué me refiero.

2.

Se acabó el medicamento
y me remuerden las esquinas.
Nostalgio,
me tengo de un cable
de palomas que hablan
por la mutación en la ciudad.

Los tendones en los trapecios
se agrietan,
se ajan los músculos pectorales
con la lambda de ocho kilos
quebrándome las muñecas.

Rush.
Me doblo,
Leónidas.

Esta fuerza
va a quebrarme.

Volverá, te lo aseguro,
volverá Efiates,
señalará el paso de las cabras.
Pasarán los persas.

Pelearemos.
Volveremos a empezar.

3.

Ilumíname
con el brillo de tus espadas y escudos,
con tus lámparas de aceite,
con los ojos de tus madres,
ilumíname de oráculos.

Endúlzame.
Pero estoy enferma,
ámame,
pero soy tan deforme
para tu ejército.
Expúlsame, Leónidas.

Vuelo,
ilumíname.
Cúrame de belleza y sangre,
y te daré llaves
para puertas que no has visto,
Leónidas,
llaves que abrirán el sitio

de tus ciudades.

Cúrame de belleza y sangre,
déjame viva.
Contaré tu historia.

4.

En el flamenco, ¿sabes, Leónidas?,
no hay pasos que se asemejen a la marcha.
Nada ni remotamente cercano a la falange.
Y sin embargo es combate.

No se parece a la guerra. No.

Quiero decir:
no tienes de dónde agarrarte.
Vértigo

Tal vez es otra cosa
y no lo reconozco.
¿Qué?
Vamos a no decir *la palabra*,
a ver si la atrapamos,
y le hacemos un nudo.

Esta habla es los animales que traigo
en el costillar,
guardados.

Creíste, pélida,
que no iría a la guerra...
No me conoces.
No, señor.

Creíste que lanzaría
mis banderas al mar
a cambio de nada.

Yo ya quemé esas naves:
no ardo en infiernitos.

*Abro los brazos y el pecho
la cara de frente a la Diosa Blanca.*

Querías verme perder
como todos los Aquiles de tu estirpe.
Me diste la espalda.
¿Amarme en la muerte

como los cobardes?

No, señor.

Si no bailas conmigo

yo no lucho por ti.

No, señor.

Hablo con las branquias.
Hablo con las pezuñas.

A la mujer tamil que Pablo Neruda violó en Ceilán.

Callada y como ausente,
en silencio la carne
recibe;
pero no es el cuerpo
porque
ya no está aquí.
Tajo de guillotina
cortó la juntura;
el puente sumergido
en el océano,
la planta que cura no logra llegar,
y no hay lengua que pueda decirse
mientras el camarada
expropia.
Templo sagrado
de millones de dioses
observaban,
callados, el despojo.
Y el poeta

robando almas
para la causa
en ninguna lengua.
Alguien debe sacrificarse.
Delirios de Hánuman,
un ejército de monos enfurecidos
escupen espuma.

Esperando a las bárbaras

En mi sueño venías tú,
a galope,
músculos ardiendo,
extendidos.

Las cicatrices palpitando,
los ojos nítidos
aunque vaporosos.

Un machete de lámina oxidada
en una mano,
las crines del caballo en la otra.

Jirones de ti,
cuerpo-harapo,
hechos fuerza.

Gritas

Ruges,

en mi sueño.

Ni te detienes;

de un golpe,
la garganta.
Que no cuente más que te salvó.

Nombres,
la lista de nombres de Arya Stark
para no olvidar
quién,
qué,
el daño.

Los que no cobran venganza
no pueden ser mis héroes,
dice James Baldwin.
Los míos tampoco.
Mil y una formas de cobrar venganza.
Que no sea fácil.

Eres violenta y huidiza,
pero noble y leal,
como los perros heridos, dijo,
lo mejor es no traicionarte. Y se fue.

Materia oscura. Sombra de cuerpos celestes
escondidos en el polvo que somos todos.
Cosmos

Búfalo

El escritor sabe por instinto que todas las agresiones, vengan del hombre o del mundo, son animales. Por muy sutil que sea una agresión del hombre, por muy indirecta, camuflada y construida, revela orígenes no expiados. Un pequeño filamento animal vive en el menor de los odios. [...] Y uno de los signos terribles del hombre consiste en comprender intuitivamente las fuerzas del universo más que por la psicología de la cólera.

Gaston Bachelard

Búfalo,
esta abundante carencia
haciendo tronar la tierra,
relámpagos de río.
Paciendo tan con su hastío en la frente,
como vio Lezama,

hasta que los leones perturban su pensamiento
y la masa se torna
combate y mugido.

Búfalo

 puede levantar a una leona hambrienta
con la punta de su cuerno
y lanzarla al lodo como juguete viejo
o palabras vacías.

Búfalo vacía signos leones
y les tritura los huesos,
no usa los dientes para matar:

el puro cuerpo,

la masa,

la fuerza. Una tonelada de colosal filosofía
asesina

 embistiendo.

A Búfalo lo bailamos

después de abatirlo.

Los buenos cazadores necesitan quince minutos
para

 aniquilar al Gran Espíritu

y después nos ofrendamos a su carne, su leche,
su piel:

nos comemos a Búfalo sagrado,
Cristo salvaje de dos metros de alto.

Mil doscientos kilogramos de frío en los huesos.
Búfalo se danza a sí mismo,
se autoofrenda
buffalo skull.

Búfalo
puede destrozar a un rinoceronte.
Búfalo podría derribar al juez McBride
de un empujón,
pero a su cazador que lo venera se le entrega en
quince minutos
y lo bendice,
y le promete que en su hogar nunca faltará nada.

Solitario, tranquilo,
Búfalo va pensando si los límites de su lenguaje
son los límites de su mundo:
bufa para comprobarlo.
No está tan seguro, duda, bufá de nuevo,
bufa en latín, bufá en cocodrilo
hasta que las hienas delincuentes se le vienen
encima.

Los canes ágiles,
su talón de Aquiles.

*Los límites de su lenguaje
son los límites de su mundo*
les dice a las hienas a media batalla.
Ellas le creen y lo devoran,
mordidas rápidas.
Lo de Búfalo no es la velocidad,
lentitud zen va a condenarlo.
El mal de McBride: karma.

Búfalo invoca a Coyote.
Tarde.
Las hienas dejaron sólo la invocación,
Coyote aúlla un réquiem por él
y sale disparado tras las hienas.

Intocable es mi Zodiaco

La servidumbre enterró su rama:
las sirvientas procrearon / se reprodujeron,
parieron hijas
de cuclillas en la tierra,
que parieron hijas
que cantaron cantos en tibetano
y miraron el vértigo
del huracán a los ojos.

Los que miraron para abajo,
los que se negaron a mirar para abajo
fecundaron violentamente a las sirvientas,
las campesinas
violentamente poblaron pedazos de mundo
con esa vocecita tan dulce,
como si la acidez no les comiera la garganta.

Estirpe paria,
legión de hijos de nadies
escapados del cuchillo de la limpieza,
ése es mi Zodiaco.

Una estrella oxidada de las puntas
pero filosas.

Estrellas ninja oxidadas de lo que no
y el resentimiento
y el alarido
y la envidia
y la resistencia
y el amor.

Casta de intocables,
ése es mi Zodiaco.

*A Emiliano, Manuel y Jess
por regalarme palabras, literalmente.*

Escupo pedazos de cristal.

No te quiere, no te quiere, no te quiere
me repito despepitando margaritas,
que el filo
clave su punta en el pecho y sangre el corazón,
la Pelicana beberá su propia sangre
para no morir.

¿Qué es querer?
Sólo me interesa el cansancio.

Lo pienso por puro impulso de autodestrucción.
No hay más
y en realidad no hay menos,
y no necesito margaritas
para saberlo.

No hay pelícanos donde

hay margaritas.

No lo es, no lo es, no lo es.

Acepta este dolor, Isaura, me digo,
que alimento.

*[Mashup ft. Laboratorio de proyectos artísticos
y sublevación corporal]*

Camino por detrás del telón. Doy vueltas en la máquina, no en la proyección. El negativo de la foto.

Bajo el signo de Marte

Guiada por los dioses veloces.
Se arremolinan
las colisiones
y los caminos.
Se apretujan,
se no dejan respirar.
Y luego un detenimiento,
un AltoStop,
por el pulso de la tristeza
que ralentiza y duerme,
que hace costra y tumor.
Y ¡PUM!
¡BANG!
Un despertar iracundo,
rojo, con prisa.

El enojo,
tigre reinsertado en la selva,
sale de su jaula de metal
con las cicatrices,
las heridas vivas,
la desintoxicación
del dardo que le lanzaron para dormirlo.
Va recordando que es fiera
y lo entrenaron
a punta de palos,
que le limaron los colmillos
para dejarse tocar por los niños caprichosos
a quienes sus padres
no les muestran ni el poder del tigre
ni el suyo propio.
Por los niños bobos
que prefieren profanar al tigre adormilado,
sin memoria y su tanto trauma,
en vez de mirar al funambulista que podría
morir
si equivoca el paso
y cae del techo sin red y se quiebra la nuca.
Esa fragilidad también es poder
y propensión de abismo,
que los niños hiperactivos ignoran

por acariciar al animal
que han expulsado de su cuerpo de bestia
para sentirse hombres.

Confunden el vértigo.

Domar con una silla
a un tigre deprimido
es canallada.
Libertad es ser tigre,
lo demás es simulacro.

No tocar al tigre,
mirarlo a los ojos
abrazarle la cabeza
en un movimiento mágico de aire

tai-chi

que te lleve al mero centro carnívoro de tu fiera.
Que ruja tu propio corazón.
Que metas la cabeza en la mandíbula de tu
espanto.
Que sientas que un mal paso te estrellaría contra
el suelo
con una constelación de impulsos sinápticos
intocada,

domar el aire con una silla,
fuerza de tus muslos
y los brazos abiertos, que sólo
un delicado abrir de dedos te
sostenga : intemperie.

Que la punta de tu látigo te golpeé la
columna,

romper la barrera del sonido
entre soledades y abandonos.

Sacar ternura del enojo más puro, más
dardo, más puño.

He ido a la guerra por una voz.
Lancé barcos al mar,
como hizo Menelao.

Debiste quererme ese día cuando te dije,
sucede que el tiempo
y la Tierra no era plana, se mueve, gira.
Me rompo seguido,
muy fácil.
Y el disco no reinicia en esta misma posición.
Debiste,
no porque yo diga,
pero el tiempo en esto me da la razón.
Y cuando despiertas
y abres los ojos,
ya no estoy allí,
y debiste, te dije.
Tengo un gen gitano,
a lo mejor es por eso.
O es el dolor el que me distrae
y me agudiza los sentidos,

me caigo de la mesa, como jarrón,
me levantan, me recomponen
y quedo diferente cada vez.
Debiste,
te dije.

Latcho drom

Amargo, como las yerbas que curan, el dulce
olor de la insulina.

Golpeo la tabla;
busco, persigo el exceso, quiero
derramar el cuerpo.

El tacón cae
sobre la madera;
inventó el fuego.

Arde, mundo.

Allí
soy una yegua alazana,
caballa
del reino mongol.

Todo el cuerpo es corazón.
Espejo.
Cuchillo.

Santa Rabia
de Isaura Leonardo
se terminó de imprimir
el 26 de marzo de 2019
en los talleres de Impresos Unidos
Ahorro Postal No. 160
Col. Niños Héroes
03440, Ciudad de México

·
Esta primera edición
consta de 100 ejemplares.

Núm. de ejemplar: